

Llamados a la radicalidad: romper la rutina

La Iglesia nos está recordando con cierta frecuencia en los últimos años a los religiosos que en los momentos difíciles lo que ha revitalizado la Iglesia han sido las respuestas radicales, de Evangelio vivido sin “edulcorantes”. Es como si quisiera decirnos: “echadnos una mano también vosotros y también hoy”.

Mirando el tiempo presente como un mar agitado, tenemos en la Biblia algunos ejemplos de quienes ahí navegan (nuestra sociedad, nuestra Iglesia o nuestra Orden) ¿Cuál es mi caso?:

- Jonás: que huye de la llamada de Dios y por eso pide que le arrojen para aplacar la tempestad... un pez le tragará y luego le vomitará (como a los mediocres: Ap 3,16, recordando que el pez es también símbolo del Señor)
- Pablo: se salvan todos o ninguno; tiene seguridad porque él si quiere responder al plan de Dios, ni un cabello se perderá Hch 27
- Pedro: quiere caminar sobre las aguas, confía en Dios, pero el miedo le vence a veces
- El Señor: está tranquilo, por encima de las fuerzas del mal; está con nosotros

A veces cuando oímos hablar de radicalidad nos entran temores, vienen recuerdos no siempre positivos... propongo ir a lo más elemental: salir de la rutina diaria que muchas veces nos atrapa.

Hay un número de nuestras constituciones que me parece decisivo, la premisa con la que deberíamos movernos:

Nos reconocerán como auténticos discípulos de Cristo si, decidiendo ignorarlo todo excepto a Jesucristo, y a éste crucificado, guardamos su Mandamiento Nuevo. Él, que dio la vida por sus amigos, nos hace partícipes de su amor con el que nos amamos mutuamente como El nos amó, y entregamos nuestra vida para evangelizar a los niños y a los pobres de modo que, mientras la muerte actúa en nosotros, la vida crece en los demás. (C 18)

No habla del hábito, ni de llevar colgando una cruz (que no son malas cosas, faltaría más), nos pide justamente la radicalidad que el Señor mismo indicó como característica de quien le sigue como discípulo. Y, como bien dice, sólo es posible este amor a todos, empezando por los que tengo a mi lado y hasta dar la vida, siendo sus discípulos, mirándole en la cruz y reconociéndole en cada hermano (o como dice Calasanz en sus constituciones (nº 34), recordando Col 3,17.24b, “...Permanezca unido a Cristo, el Señor, deseoso de vivir sólo para Él y agradarle sólo a Él”).

Sé que muchos amáis y servís de corazón, a los hermanos y a los niños, pero invito a retomar este número 18 de nuestras constituciones como punto de partida de cada día, como premisa de todas nuestras relaciones y trabajos. Aunque haya que “volver a empezar” con cierta frecuencia.

Seguro que todo se vuelve nuevo, Él lo hace nuevo, el Amor transforma, nos desinstala y nos devuelve a la radicalidad del Evangelio, además, nos exige fe y trae Su presencia eficaz. No podemos aspirar a menos. A no ser que las dificultades nos asusten y nos arriesguemos a hundirnos en la tempestad.

(Invito, de nuevo, a compartir experiencias, dificultades, o cualquier otra aportación a daniha@escolapiostd.es poniendo como asunto “compartiendo”)

